

ENSAYO >> LA LITERATURA COMO DOCUMENTO DE ÉSPOCA

Memoria en peligro

"en los últimos años se han publicado libros que advierten del peligro que corre la memoria que servirán, sean ficción o testimonio, como documentos en el futuro para entender este presente desolador"



ANA TERESA TORRES / ©VASCO SZINETAR



KRINA BER/ARCHIVO

ISAAC GONZÁLEZ MENDOZA

Hubo una época en la que se podía ir a las sedes de Últimas Noticias, *El Universal* o *El Nacional* y pedir, con fecha en mano, ediciones de periódicos para hacer consultas.

Recuerdo que en *Últimas Noticias* había un trabajador cubierto con un traje y guantes que, luego de obtener los datos necesarios, sacaba los periódicos de manera organizada y los ponía, bien protegidos, sobre una mesa grande para que el usuario los hojeara. La última vez que pasé por ahí me dijeron que el servicio no estaba funcionando. Poco se puede decir de *El Universal*: el edificio en la avenida Urdaneta suele estar desolado y repleto de desechos. En *El Nacional*, con Freddy Jiménez a la cabeza, la atención fue siempre de primera hasta la expropiación de su edificio en Los Cortijos.

Uno de los pocos lugares donde aún es posible consultar periódicos es la Biblioteca Nacional. Con sus limitaciones, como la falta de material para anotar la data o las cajas deterioradas, los empleados suelen conocer muy bien el sistema tras años en la institución. La pregunta es cómo actualizan el archivo si *El Nacional* dejó de circular como impreso en 2018, *El Universal* ha estado inestable en los últimos años con el papel y la versión impresa de *Últimas Noticias* es muy limitada. Descartando diferencias ideológicas: ¿qué va a pasar con la memoria del país?

No puede depender, claro está, de las páginas web si cada vez que hay un rediseño miles de artículos desaparecen de golpe. Tampoco de los

videos de aplicaciones como YouTube o TikTok porque sus dueños tienen la potestad de desaparecer los contenidos que no les convengan. Quizás lo ideal sería la emisión de publicaciones en PDF como la que cada semana entrega el *Papel Literario*. Es una forma de rebeldía presentarles a los lectores un producto digital que, bien resguardado, quedará para la posterioridad y que servirá a profesionales como historiadores, sociólogos o periodistas a la hora de estudiar el pasado, pero sobre todo a las instituciones que deberían resguardar la memoria.

En respuesta, en los últimos años se han publicado libros que advierten del peligro que corre la memoria que servirán, sean ficción o testimonio, como documentos en el futuro para entender este presente desolador.

En *Diorama*, de Ana Teresa Torres, el escritor Dimas intenta rescatar la memoria con un proyecto al que llama “Museo de los lugares perdidos”, el cual consiste en hacer registro de lugares que han desaparecido de manera repentina mientras la dictadura gobernante persigue cualquier signo de crítica, reflexión o tristeza. La condena a dicha emoción no es algo casual: el mundo distópico en el que vive Dimas se llama Reino de la Alegría, nombre que emula al Viceministerio para la Suprema Felicidad Social, creado en 2013 por Nicolás Maduro.

La dictadura del Reino de la Alegría no se limita solo a desaparecer lugares, también empieza a confiscar bibliotecas personales porque podrían contener textos críticos, ordena que en el Instituto Nacional de la Reseña, dedicado a la

escritura de reseñas de libros, solo se escriban textos felices y, por último, llama a la población a construir dioramas de espacios como zoológicos o parques, de manera que podrían garantizarse lugares herméticos en los que no haya ningún tipo de oposición o tristeza.

Los lugares que desaparecen en *Diorama* lo hacen sin aviso, como si nunca hubiesen estado ahí, y si alguien intenta preguntar por lo que alguna vez fue, aparecerá algún sujeto sospechoso que le pedirá al curioso que se largue. No se sabe si es un funcionario, un policía o un militar, simplemente está ahí para evitar que el recuerdo se sostenga. En el país, quizás el mejor ejemplo de esto sean las librerías, que desaparecen una tras otra con contados dolientes. Por mencionar un par: la Lugar Común de Altamira, en una época tan visitada y querida por los lectores, es ahora una farmacia y la librería Suma, en Sabana Grande, dejó de existir hace al menos seis años con una historia legendaria que incluye visitas de Rómulo Betancourt, Adriano González León u Orlando Araujo.

Gracias a uno que otro blog o fotos en las redes podemos saber que en esos espacios hubo librerías.

Otro libro reciente, *Ficciones asesinas*, de Krina Ber, construye una distopía repleta de humor donde el GOB, como denomina la escritora al gobernante régimen orwelliano, planifica en secreto desaparecer a todas las personas ancianas para garantizar que nadie recuerde el “Antes”.

Ese Antes, escrito en mayúsculas, podría representar una época mejor o distinta, en la que

quizás había prosperidad y normalidad. No sé si podría ser una emulación de la llamada “cuarta república”, pero sí queda claro que cuando hay regímenes tiránicos es muy probable que haya existido un período de tiempos mejores y con un sistema institucional fuerte que, al arribar la tiranía, es aprovechado para oprimir a los que están debajo.

Esos viejos, esa memoria, resulta un peligro para el GOB porque saben que la presencia intangible de esos recuerdos podría, a la larga, hacerles tambalear en el poder.

Una novela más reciente, *Atrás queda la tierra*, de Arianna de Sousa-García, narra el testimonio personal de su autora, una treintañera que tuvo que abandonar sus sueños como periodista y migrar a Chile porque la vida en Venezuela se le hacía imposible entre los apogones, la persecución y la precariedad. Considero que este libro –a veces poema, a veces crónica, a veces testimonio, a veces reportaje– nos ofrece un acercamiento más familiar e íntimo de la migración porque la narradora se la cuenta a su hijo pequeño y porque hay una interpelación a su padre, que vivió la democracia y sin embargo apoyó con pasión a la revolución bolivariana.

Si bien los periódicos han desaparecido y prácticamente todo el sistema de medios está disminuido, libros como el de Sousa-García dejan un reflejo de las tensiones que provocó la llegada del chavismo al poder a finales de los 90. La escritora sabe que esa memoria será importante y lo deja claro cuando reflexiona al respecto en uno de los capítulos: “Tener memoria de elefante, traer a la memoria, recorrerla, acordarse, conservarla y presentarse de nuevo en el recuerdo. Presentarse de nuevo en el recuerdo todas las veces que sea necesario de todas las maneras posibles”.

Sin hemerotecas más allá de la que tiene la Biblioteca Nacional, con sus precariedades, librerías desapareciendo, televisoras que no realizan trabajos de profundidad y páginas web que no garantizan la permanencia de las publicaciones, lo que vemos es la procura de manipular la memoria como lo señalaba Todorov, que advertía que las tiranías del siglo XX habían sistematizado la apropiación de la memoria y aspiraron a controlarla hasta en sus “rincones más recónditos”.

Es gracias a la memoria que hoy contamos con enormes registros como *Archipiélago Gulag* de Aleksandr Solzhenitsyn o *Vida y destino* de Vasilí Grossman, es gracias al *Informe Vrba-Wetzler*, ambos escapados de Auschwitz, que se pudo detener la deportación de judíos de Hungría. Por eso los Reinos de la Alegría o los GOB van a preferir siempre construirla a su manera o, por el contrario, desaparecerla por completo. ☹

DDHH >> NO TE OLVIDES DE MÍ, DE KAORU YONEKURA

Historias de injusticias y absurdos

"Uno de los aspectos más logrados del libro es la manera en que nos permite palpar la densidad humana de sus protagonistas y recordar que no son simples papeles en un expediente judicial, sino personas reales. La vivacidad de sus historias contrasta de manera sangrante con la inverosimilitud de las tramas que los condenan"

LEONARDO LAVERDE

No te olvides de mí de Kaoru Yonekura (Editorial Dahbar, 2024) es un libro que combina la sutileza de una voz discreta, casi silenciosa, con la fuerza de un contenido que grita. Las historias y entrevistas a estos prisioneros (cuyos casos, iniciados antes de las elecciones de 2024, podrían haber sido olvidados por la opinión pública ante la avalancha informativa que ha venido después) conforman un mosaico que ofrece una visión cruda y auténtica de las paradojas, injusticias y absurdos que rodean a las víctimas del sistema judicial y político. El libro no solo expone los horrores de casos específicos, sino que también deja entrever cómo estas tragedias individuales reflejan y afectan a toda una sociedad.



El escenario que estas historias nos permiten reconstruir es el de un universo caótico, sin aparente sentido. Sin exponer juicios, apenas con una oportuna yuxtaposición, el libro logra detener nuestra mirada en innumerables paradojas: crímenes sin víctimas, expedientes sin evidencias o supuestos conspiradores que se involucran en temas que desconocen dejan sorprendentemente a la vista las pruebas que los inculpan y son procesados por un espagueti de instituciones y funcionarios que en no pocas ocasiones actúan fuera de su jurisdicción.

Uno de los aspectos más logrados del libro es la manera en que nos permite palpar la densidad humana de sus protagonistas y recordar

que no son simples papeles en un expediente judicial, sino personas reales. La vivacidad de sus historias contrasta de manera sangrante con la inverosimilitud de las tramas que los condenan. Mis ojos más de una vez se humedecieron con el miedo a un futuro impronunciable, la incertidumbre de una espera de la que no se conocen las razones (tal vez porque no existen o no son tales), la frustración de las esperanzas, el engaño continuado de las falsas promesas, las humillaciones, el dolor de la tortura, el peso de las secuelas físicas, la desesperación ante el repentino derrumbe de planes y modos de vida, la luz que sigue adentrándose en la oscuridad del túnel... Pero también la persistencia de la humanidad en medio de la injusticia, la relevancia que adquieren de pronto las pequeñas cosas (una gorra, una muestra de reconocimiento, la mera conciencia de la cercanía de un ser querido) y los vínculos que la convivencia y los vaivenes del infortunio pueden llegar a establecer entre los presos de conciencia, sus circunstanciales compañeros de celda y hasta a veces (monstruosamente) los propios verdugos.

Este trabajo de acercamiento a la intimidad de las víctimas es importante porque nos ayuda a recordar que sus historias son también las nuestras, que sus problemas son también los de la sociedad. No son los presos políticos los únicos que viven con una espada de Damocles sobre sus cabezas y atentos a cualquier señal que les revele la reanudación o el truncamiento de su destino. Antes de que cualquier circunstancia (vivir su vida de acuerdo con sus valores o meramente prestar un servicio al cliente equivocado) llevara a estas personas a cruzarse en el camino de ese peligroso animal llamado Estado, ellos también fueron personas comunes, sin plena conciencia del drama que pronto habría de alcanzarlos, como si fuera algo que ocurriese lejos, a otras personas. El título de este libro no solo expresa el deseo de sus protagonistas de no ser olvidados: es también, como las campanas

de Donne, un llamado al lector para que no se olvide de sí.

Los testimonios de los abogados, recogidos al final del libro, nos ofrecen una visión más panorámica y arrojan una valiosa luz acerca de cómo se ha ido construyendo este monstruo jurídico, así como sobre los desafíos y la importancia de continuar con el esfuerzo (a primera vista inútil) por desenredar este laberinto y preparar el camino para una sociedad más justa.

A lo largo de todo este texto, la autora permanece como una presencia discreta. Su voz casi no se oye, aunque esté en todas partes, “nacida en todos los sitios en donde pongo mis ojos”, como dice Huidobro. Su trabajo ha sido reunir las piezas de un laberinto que habla por sí mismo, abrir una ventana para que este conjunto de voces silenciadas pudiera gritar. Lo que le ha permitido encontrar las vías es la experiencia. Kaoru no cayó en este libro por suerte o por acaidismo. Son varios años los que lleva investigando este tema y eso se nota (sin estridencias) en la familiaridad y gratitud con que le hablan “sus presos”. No es poca cosa tomarse todas las molestias (que ella calla) para ganar la confianza de un preso acostumbrado al amedrentamiento y la decepción.

Siempre que le digo a Kaoru que es una mujer valiente y que su trabajo es valioso, ella se rehúsa a aceptar todo halago. Se niega a disputar cualquier mérito a abogados y activistas que enfrentan la injusticia armada con el brazo desnudo de la ley. Después de leer su libro, aunque mantengo mi apreciación, puedo decir que la comprendo, porque el contenido de lo que deja ver es tan terrible, tan impactante, que a su alrededor todo esfuerzo parece empequeñecerse. Su trabajo, como el de Sísifo, puede parecer desesperante. Sin embargo, nunca me parecerá inútil luchar contra el olvido y el silencio.

Sé que no soy el único que agradece esta pequeña luz. ☹